

El café es vital en la historia de los países productores

Sergio Amaral



Quisiera ante todo felicitar a los organizadores de este importante acontecimiento, a los patrocinadores y a todos cuantos acometieron la tarea de hacer que esta conferencia suponga un gran éxito. El café forma parte de nuestra historia, de la historia de muchos de los países que se encuentran representados aquí en estos momentos. Esta es una buena oportunidad para celebrar su pasado y para rendir homenaje a los dirigentes de la industria cafetera y a los dirigentes del sector cafetero de nuestros países, entre los que Jorge Cárdenas ciertamente destaca como uno de los más distinguidos. Cárdenas nos ha mostrado la dirección que habrá que tomar y debemos agradecerse. Pero este es el momento también para prepararse con miras al futuro, de prepararse para las nuevas realidades del siglo veintiuno. Es el momento sin duda para hacerlo, un momento que es decisivo para los productores de café, pero la crisis puede ser quizá el momento adecuado para introducir cambios e innovar, y yo confío en que esta conferencia marque la coyuntura crítica en cuanto a nuestras iniciativas de cambio.

En 1892, José Maria da Silva Paranhos, que en aquel entonces era cónsul en Liverpool y más tarde fue Barón de Rio Branco y patrón de la diplomacia brasileña, presentó al gobierno de su país, en un despacho que envió al Ministro de Agricultura, sus recomendaciones acerca de cómo promover las exportaciones brasileñas de café. Lo importante, dijo, no es sólo la cantidad, sino la calidad. Lo importante no es sólo exportar más, sino conseguir precios más ele-

vados. Es esencial, continuó, organizar ferias y exposiciones para dar publicidad al café y para asegurar, y estoy citando lo que dijo, que el café brasileño esté a la venta en los grandes centros de consumo y en los lugares conocidos de venta al por menor con su auténtico nombre de "el buen café del Brasil".

Ciento nueve años más tarde, yo estoy diciendo aún más o menos lo mismo en mis despachos al gobierno de mi país, aunque quizá con un poco más de éxito, y cuando veo aquí el logotipo de Cafés do Brasil pienso que me ha acompañado un poco más el éxito que al patrón de la diplomacia a la que pertenezco.

No hablo hoy en nombre del Brasil; hablo en nombre de la Asociación de Países Productores de Café que tengo el honor de presidir. Creo que el consejo del Barón de Rio Branco quizá se aplique a todos los países productores incluso en estos momentos. Precisamos mejorar la calidad, precisamos promover el café y precisamos añadir valor. Todos estos consejos son quizá más oportunos que nunca.

Después de todo lo dicho por tantos distinguidos conferenciantes creo que tengo muy poco que añadir en cuanto al diagnóstico de la situación actual. De hecho, debo decir que me siento un poco confuso. Me doy cuenta de que todo el mundo está de acuerdo en cosas que no están ocurriendo, y veo también que nadie quiere hacerlas. Todo el mundo concuerda en que el mercado actual representa un gran problema, en que parte de ello proviene de los desequilibrios en el mercado, y en que el proteccionismo tiene

una función que desempeñar en la situación actual. El Banco Mundial entona un *mea culpa* por haber dirigido, inducido y a veces forzado el desmantelamiento de las juntas del café sin haber puesto nada en su lugar; pero, por otra parte, no veo mucha actividad ni cambios vigorosos que puedan corregir esas cuestiones.

No voy a hablar del diagnóstico, pero quisiera señalar un punto nada más, que creo que es importante: el de que la crisis actual parece ser muy distinta de las anteriores. No se trata únicamente de que la baja de los precios parezca ser más profunda esta vez, y de que en estos momentos tengamos unos precios más bajos quizá que nunca en términos reales, sino de que la índole del problema parece ser distinta. Esta no parece ser una crisis cíclica como las del pasado, por dos razones. La primera se debe a que al final del siglo veinte entramos en una nueva economía. Las ventajas comparativas ya no se derivan del tamaño de las tierras o del precio de la mano de obra, sino que dependen cada vez más del contenido de conocimiento que entraña el producto, de la educación y de la destreza de la mano de obra; dependen de la tecnología, la información, la elaboración, las marcas y la distribución. La segunda diferencia proviene de la liberalización de los mercados, que me parece que todos nosotros apoyamos, aunque no quizá en la forma en que ha tenido lugar. La abolición del sistema de cuotas de la OIC, el desmantelamiento de las juntas cafeteras, la concentración del comercio y la industria en manos de unas cuantas empresas, el acceso de nuevos participantes al mercado y el acceso de nuevos participantes a las operaciones de los fondos de pensión han modificado por completo el panorama. Como resultado de todo ello, las formas anteriores de gestión de la oferta ya no son posibles. Si se combinan ambas evoluciones tenemos que la liberalización en el marco de una demanda escasa, los beneficios de la productividad y los beneficios que resultan de la devaluación de la moneda se transfieren a los consumidores, pero debido a que la concentración del comercio y la industria está en manos

de unos cuantos grupos, los beneficios no se transfieren al consumidor final en los supermercados, sino que los captura el comercio y la industria. Aclaran este punto algunas cifras: los productores podrían conseguir el 20 por ciento del precio final del café, pero en algunos casos el porcentaje de su participación es tan sólo del 6 ó el 7 por ciento del precio final, y la industria por término medio consigue el 30 por ciento. Los productores pierden, pero los consumidores no ganan.

Los precios podrían subir, aunque quizá no tanto como solían en el pasado, porque tenemos también una estructura distinta en el sector de los productores, pero la participación de los precios en la cadena de producción fija un límite a las ganancias que los que únicamente producen pueden esperar conseguir. El café no presenta un problema aislado; ese problema parece estar afectando a otros productos básicos. Yo diría que por lo que se refiere a la mayor parte de los alimentos básicos los precios son más bajos que en la década de 1970. Si se comparan los precios actuales con los precios que predominaban en la década de 1970, los precios correspondientes al café son el 46 por ciento más bajos, los del cacao el 55 por ciento, los del té el 45 por ciento, los del azúcar el 54 por ciento, los de las bananas el 66 por ciento. Dado que en algunos países productores, principalmente de África, el 80 por ciento de sus exportaciones son de productos básicos y en América Latina el 50 por ciento, esto es una indicación clara, y quizá una explicación, de por qué la distancia entre algunos países en desarrollo y los países industriales está aumentando en vez de reducirse. Pero centrémonos en el caso del café. Tradicionalmente, frente a una reducción de los precios, cabían dos soluciones y dos soluciones se aplicaban. En primer lugar, algunas formas diferentes de gestión de la oferta. El Brasil, por ejemplo, quemó café en la década de 1930, la OIC estableció un sistema de cuotas, pero lo cierto es que esas soluciones ya han dejado de existir y que no estamos demandando que vuelvan. Lo que los productores pueden hacer ahora

es lo que hicieron recientemente, esto es, un tipo de retención voluntaria por los productores con objeto de reducir existencias, ya que, como es sabido, existe una correlación entre la cuantía de las existencias que están en manos de los países consumidores y los precios. En diciembre de 1999 las existencias eran de 10 millones de sacos, y los precios se situaban en 95 centavos de dólar EE.UU. por libra. En octubre de 2000 las existencias aumentaron a 18 millones de sacos y los precios se situaban en 56 centavos de dólar por libra.

Mediante la retención se retiraron del mercado hasta 7 millones de sacos. Si bien es verdad que no todos los países participaron, también lo es que algunos países participaron más de lo que se esperaba, y fuimos capaces de retirar del mercado 7 millones de sacos. Si tenemos en cuenta alguna retención adicional que pueden haber hecho algunos países en forma de financiación de la comercialización, esa retención que hicieron algunos países productores puede alcanzar de 10 a 12 millones de sacos. Así pues, si esto ocurrió, ¿por qué no subieron los precios? Fue porque nos enfrentamos con una situación de exceso de capacidad. Hay un considerable exceso de la oferta sobre la demanda y, si pensamos en estos tres últimos años, ese exceso supone 22 millones de sacos. Lo que ocurrió, por tanto, fue que, si bien estábamos retirando del mercado algo así como 10 millones de sacos más o menos, las existencias por su parte estaban aumentando debido a que el exceso de oferta más que contrarrestaba lo que se estaba reteniendo. Hay perspectivas de que ese exceso de la oferta sobre la demanda podría aumentar, debido a que existe un aumento de la producción en algunos países; Viet Nam produce en la actualidad de 13 a 14 millones de sacos, y dentro de dos o tres años podría alcanzar de 15 a 16 millones de sacos. Si bien es posible que la retención contribuya a evitar un mayor descenso de los precios, mucho más tendrá que hacerse si queremos conseguir el aumento de los precios, y todo el mundo sabe que la retención no se estableció como una so-

lución, sino como un mecanismo temporal, porque los países que la están llevando a cabo no pueden permitirse facilitar financiación indefinidamente.

La segunda solución tradicional al exceso de oferta o a la baja de los precios, y esta es la ley de la economía, es el ajuste de mercado. Es inevitable que, o se hace todo lo posible por reducir la oferta de una manera ordenada o los mercados lo harán. La APPC cree, sin embargo, que dejar sin más que vayan ocurriendo las cosas y dejar que los mercados ajusten los precios es algo que deberíamos tratar de evitar; si tenemos que reducir la oferta, yo creo que deberíamos tratar de reducirla de una forma ordenada y con espíritu de colaboración y no dejar que los mercados actúen sin impedimento alguno. Hay buenas razones para ello, ya que eso podría ocasionar un deterioro de la calidad. Si los productores tienen menos dinero, carecerán de recursos para comprar fertilizantes y dedicar cuidado a sus cultivos. Esto no es solución a plazo medio, ya que se reducirá de repente la capacidad de producir, pero eso no va a ayudar a los caficultores a prepararse para las nuevas realidades del futuro y, pasado algún tiempo, estaremos de nuevo en la misma situación con que nos enfrentamos ahora; principalmente esto no es una salida aconsejable porque tiene unos efectos sociales muy graves en países que ya están empobrecidos. Hay países en que el 70 por ciento de los ingresos de exportación proceden del café. Un gran número de países menos adelantados, alrededor de 50, que acaban de reunirse en Bruselas y que son motivo de grave preocupación para la comunidad internacional, han hecho notar que una parte considerable de ellos obtienen sus ingresos de exportación del café. Así pues, esto aumentará los problemas de su balanza de pagos *en la esfera fiscal*, en el crecimiento, y eso llevará a la pobreza total.

El perdón de la deuda que lleven a cabo los países industriales será sin duda un paso muy positivo y una iniciativa merecedora de alabanza, pero no tiene ningún sentido dar con una mano y retirar con la otra. Ahora bien, cabe preguntarse

cuáles son las posibles respuestas que puedan darse si las iniciativas que solíamos tener en el pasado no parecen ofrecer la solución adecuada en estos momentos. Quisiera mencionar algunas opciones al respecto: la promoción es ciertamente importante, y esta podría ser una esfera de colaboración entre los países productores y el sector industrial. Tenemos mucho que ganar en una labor en común, bien sea para promover el café donde todavía no se consume, bien sea para aumentar el consumo en los países que ya son consumidores. Creo que vale la pena tener en cuenta el ejemplo que han dado en eso los productores de aceite de oliva.

La mejora de la calidad es otra evolución importante. Contamos en la actualidad con la propuesta de un grupo de países de América Central que fue aprobada por la APPC para colaborar en tratar de reducir la oferta mediante la eliminación de una serie de defectos del café. Creo que, además de ser esta una esfera en la que cabe establecer una colaboración con la industria, no cabe duda de que el Banco Mundial podría también apoyar esta iniciativa.

Una tercera esfera de actuación es la relativa a la diversificación. Algunos países podrían cultivar menos café y acudir a otros productos básicos, pero aunque en algunos casos la sustitución es posible, en otros es más difícil, porque no hay muchas opciones. Muchas de esas opciones podrían enfrentarse, y se enfrentarán, con los proteccionistas de los países industriales, como ocurre con el zumo de naranja, el aceite vegetal, el azúcar y la carne, para mencionar sólo unos cuantos de esos casos. Como ustedes saben, la OCDE gasta mil millones de dólares al día en subvencionar la agricultura, y es muy difícil encontrar alternativas cuando nos enfrentamos con un obstáculo de esa magnitud. La adición de valor es quizá una de las vías más importantes para el futuro; otra son los cafés finos, como muchos países ya están haciendo, o exportar café tostado, o café soluble.

En esta esfera, sin embargo, están teniendo lugar algunas evoluciones que llaman la atención.

En estos últimos años, algunos países consumidores que no han plantado ni un solo cafeto se han convertido en exportadores de café. El año pasado, los Estados Unidos importaron 24 millones de sacos de café y reexportaron el 10 por ciento de esa cantidad, la mitad de lo cual era café tostado y soluble. La Unión Europea importó 46 millones de sacos y reexportó 13 millones de sacos, casi el 30 por ciento. Si bien algunas de las cifras y estadísticas que se deduzcan de ello podrían estar equivocadas, lo cierto es que una parte sustancial consiste en café tostado y soluble. En la década de 1970 los Estados Unidos impusieron obstáculos no arancelarios a la importación de café soluble, y las Comunidades Europeas aumentaron el arancel el 9 por ciento con respecto a la importación de café soluble. Esto significa que los países industriales no siempre practican lo que predicán, y que están efectuando sustitución de las importaciones. Crearon obstáculos para proteger a su industria, que ahora no sólo abastece al mercado interno, sino que además exporta.

En las décadas de 1970 y 1980, el Banco Mundial y el FMI nos aconsejaron en el sentido de que la sustitución de importaciones no era buena cosa, y la mayor parte de nuestros países suele estar de acuerdo con ese consejo, puesto que, como sabemos, algunos países podrían quizá haber alcanzado su límite. Pero lo que es difícil de entender es por qué ese buen consejo no se sigue en todas partes. El Banco Mundial tiene una función muy loable que desempeñar, una función importante. Le fue encomendada por la comunidad internacional una tarea decisiva, que es la de reducir la pobreza, pero debo decir que los resultados hasta ahora han sido decepcionantes. Lo son ciertamente en la esfera de los productos básicos, uno de las fuentes más importantes de obtención de ingresos para los países pobres. Como ya dije, esas instituciones indujeron al desmantelamiento de las juntas cafeteras, con lo cual estuvimos de acuerdo hasta cierto punto, pero sin poner nada en su lugar, y para algunos países la situación actual es peor que la que solía haber antes. No han sido capa-

ces hasta ahora de elaborar instrumentos que sean viables para que los países más pequeños puedan negociar en los mercados de futuros. Tienen sin duda una función que desempeñar en cuanto a la diversificación del mercado y la adición de valor, y esa contribución sería quizá más valiosa que la de promover la expansión del café en unos momentos en que ya tenemos exceso de capacidad.

Los consumidores tienen también una importante función que desempeñar. Si van a pagar unos precios que pudieran ser más elevados de lo que quizá parezca razonable, sería sin duda alentador para ellos saber que el precio que pagan podría contribuir a la mejora de las condiciones medioambientales y sociales de la producción en los países pobres. El comercio ético y equitativo merece expandirse. Pero, por supuesto, la responsabilidad de encontrar soluciones al problema actual está, y deberá estar, en manos de los propios países productores. Lo que quiero subrayar, no obstante, es que en algunos casos las posibilidades con que cuentan son limitadas. La persistencia o incluso el deterioro de la situación actual no favorecerá a nadie y la única solución está en la cooperación. No estamos hablando acerca del mercado ni en contra de él; lo único que deseamos señalar es que querríamos tener igualdad de oportunidades en ese mercado en relación con el acceso de nuestro productos a la financiación de nuestro producto. La APPC ya ha invitado al sector comercial, y reitero ahora esa invitación, a emprender una labor conjunta en esferas de interés común como son la calidad y la promoción. Me alegraría mucho que nuestra invitación tuviese una acogida

positiva. Abordaremos a los gobiernos y hablaremos una y otra vez del comercio. Debatiremos con el Banco Mundial su función, e insistiremos en que no podrá haber una política que sea eficaz en cuanto a reducir la pobreza sin enfrentarse con seriedad con el problema de los precios de los productos básicos.

Espero que esta conferencia, la primera Conferencia Mundial del Café, que ha atraído a un público tan distinguido, pueda constituir un punto decisivo y marcar el comienzo de una nueva época caracterizada por una colaboración más estrecha en los mercados cafeteros. Una época en la que no fijemos nuestra atención en el pasado, sino en las nuevas realidades y oportunidades que ofrezca el futuro, una época en la que hagamos frente con realismo a las cuestiones auténticas, en vez de quedarnos en unos remedios superficiales y temporales.

Como se dijo en un artículo reciente sobre asuntos cafeteros, uno de las mejores maneras de luchar contra la pobreza es la de ofrecer a los trabajadores y agricultores de los países en desarrollo la oportunidad de vender sus productos en los mercados de los países consumidores para beneficio tanto de los productores como de los propios consumidores. La mejor respuesta que puede darse a los críticos de la globalización es demostrar que un esfuerzo de colaboración puede llevar a que haya oportunidades más equilibradas para los productores de los países pobres y a una mayor solidaridad en un sistema de comercio mundial. Si no podemos demostrar ni siquiera eso, cabrá pensar que quizá los que se manifiestan contra la globalización tienen alguna razón después de todo.